

EL HOGAR DE UN POETA

Lección a los alumnos
del Colegio «Decroly»
en la casa donde
vivió Lope de Vega



PARA es la convocatoria de Examen de Reválida de Grado Elemental en la que no salen uno o varios comentarios de textos sobre Lope de Vega; y lo mismo sucede en la Reválida de Grado Superior. Este año, además, tienen los alumnos de Preu, entre los temas monográficos, el de *Lope de Vega y su tiempo*. Nada más natural que «ambientar» a los niños sobre este personaje de nuestra historia literaria.

Para tal ambientación los Colegios «Decroly», de Madrid, realizaron una visita a la casa del poeta con los alumnos de cuarto curso. Lo primero con que se encontraron fue que la casa de Lope está en la calle de Cervantes. Si ahora levantara Lope la cabeza y viese que vivía precisamente en la calle de Cervantes, con quien no hizo nunca muy buenas migas, es seguro que cogería sus bártulos y se iría a vivir al barrio de la Concepción, o a otro barrio extremo.

A fin de salvar el anacronismo, vamos a señalar el camino que recorrimos desde el Colegio a la casa de Lope de Vega, siguiendo nuestro itinerario en un plano de la época: el plano de Texeira. Así podremos llamar a las calles por el nombre de entonces como lo hubiera hecho el poeta.

El lugar que actualmente ocupa el Colegio aparece ubicado, en el plano de Texeira, en un erial sin habitar. Las casas de Madrid llegaban entonces sólo hasta la plaza de San Bernardo, Amaniel, etc. Todo lo demás era campo, quizá tierra de labor u olivos; o monte de encinas al estilo de la Dehesa de la Villa y El Pardo. Yendo a campo través, a la altura en que está hoy la calle de Cea Bermúdez, según el antiguo plano, atravesaríamos el camino de Alcobendas, el de Fuencarral y el de Ortaleza (sin H en el mapa). Doblando a la derecha, al llegar a la actual Castellana, nos meteríamos en seguida en el *Paseo de Recoletos Agostinos*; cruzaríamos la actual plaza de la Cibeles, sin Cibeles y sin guardias, para continuar por el *Prado de San Jerónimo*. A nuestra izquierda veríamos las dependen-

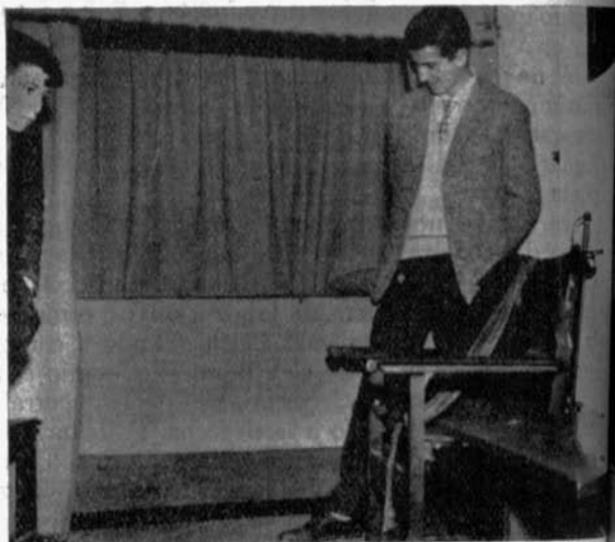


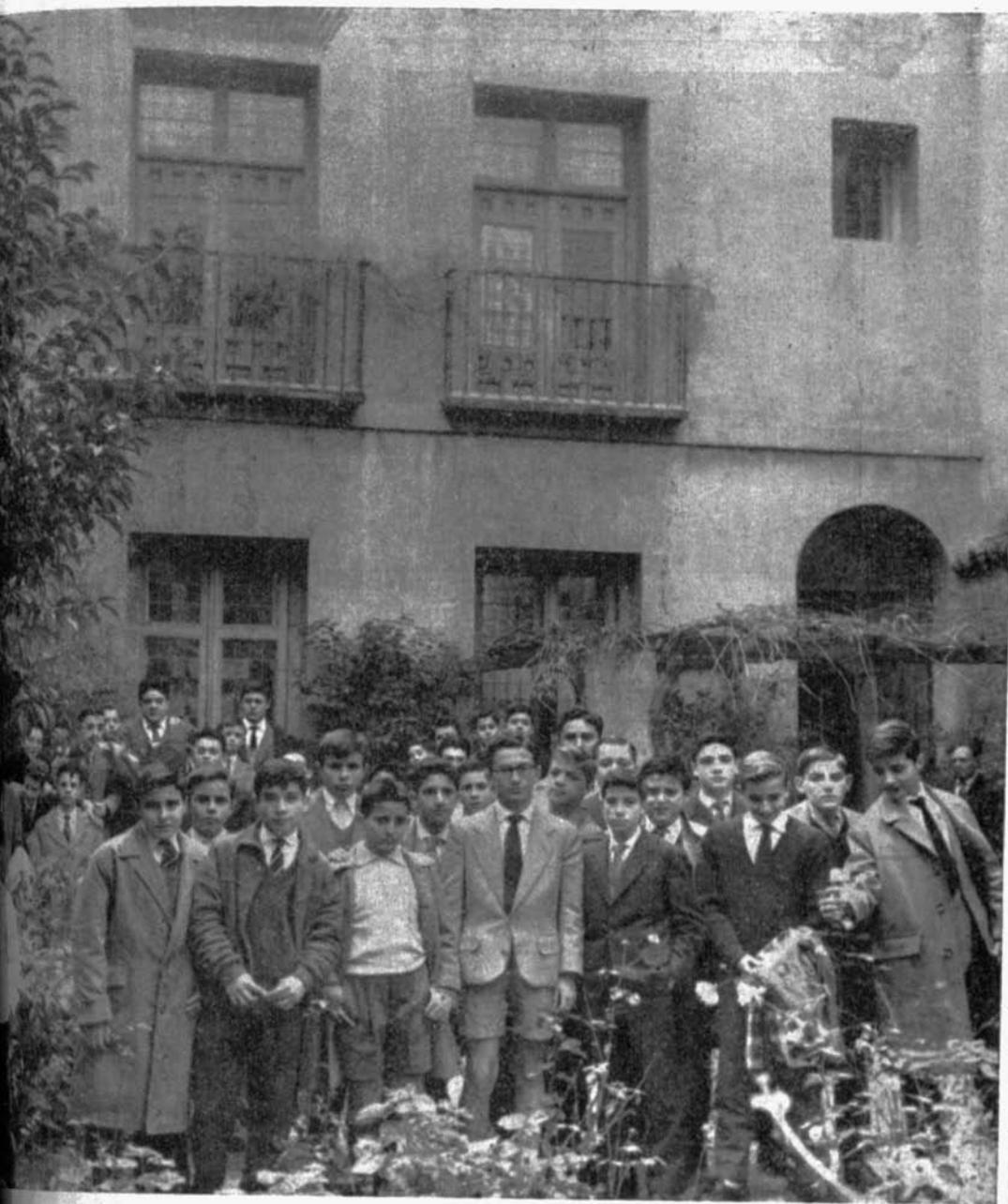
cias y los palacios del Real Sitio del Buen Retiro, cercado en aquella época. Al final de este paseo nos encontraríamos en la Puerta Atocha. Subiendo calle de Atocha arriba, llegaríamos a la plaza de Antón Martín, y doblando por la antigua calle del León iríamos a parar a la de Francos, que es como se llamaba en tiempos de Lope la calle en que vivía el «Fénix de los Ingenios».

Este itinerario que acabamos de recorrer en el plano del antiguo Madrid, es el mismo que el que hemos hecho en autocar sobre el

Madrid actual. En aquella época, para llevar a cuarenta y cinco alumnos, hubiéramos tenido que disponer de una buena fila de carretas. Ahora disponemos de un confortable autocar, que al querer meterse por la calle de Cervantes armó un tapón de tal categoría, que se oía el concierto de bocinazos en la plaza de Santa Ana. Nosotros, y los chicos, nos bajamos del autocar, haciéndonos un poco los locos, como si con nosotros no fuera, y enfilamos hacia la casa del querido poeta.

Esta casa fue adquirida por Lope el día 7 de septiembre de 1610. El propietario, un mercader de lanas llamado Juan Ambrosio Leva, se la vendió en nueve mil reales: cinco mil al contado y cuatro mil





Casa de Lope de Vega: Jardín.



en dos plazos de cuatro meses cada uno. Menos facilidades que ahora.

Lope encuentra en esta humilde casa un rincón de paz. Vive feliz con su buena esposa, doña Juana de Guardo, y sus dos hijos, Carlitos y Marcela. Lope amaba a sus hijos tan intensamente, que vemos brotar este cariño a través de todos sus escritos en prosa y en verso.

La casa de Lope tiene, nada más entrar, un amplio zaguán, al que dan la cancela de un jardín y la escalera que conduce a las diversas habitaciones en que vivía la familia. El jardín es

pequeño, un jardín romántico como el poeta: hiedras, algún emparrado, rosales trepadorés, un naranjo, tiestos de flores...; un pozo con su brocal desgastado, su garrucha y su cubo. De este jardín dijo Lope con finísimo humorismo:

*Mi jardín es más breve
[que cometa:
tiene sólo dos árboles, diez
[flores,
dos parras, un naranjo, una
[mosqueta;
aquí son dos muchachos
[ruiseñores.
Y dos calderos de agua for
[man fuente
por dos piedras o conchas
[de colores.*

Cuando se hizo la reconstrucción de la casa de Lope, allá por el año 1936, se encontró, entre los escombros con que estaba cegado el pozo, un pedazo de dintel, donde



Lope había hecho grabar estas nostálgicas palabras, que demuestran cómo el poeta buscaba puerto donde descansar de su azarosa vida:

*Parva propria magna
magna aliena parva.*

(La casa pequeña propia es
[grande:
la ajena grande, es pequeña).

Subimos con nuestros alumnos a las dependencias del primer piso. Lo primero con que nos encontramos fue con el Oratorio. Una vieja pintura de San Isidro Labrador, santo de su devoción por madrileño, preside el altar; a la izquierda, la *Adoración de los Pastores*. Al llegar la Navidad, cuántos bellísimos villancicos enseñaría el poeta a su malogrado hijo, sentado en sus rodillas ante el Belén:



*Las pajas del pesebre,
[niño de Belén,
hoy son flores y rosas, ma-
ñana serán hiel.*

Del Oratorio pasamos al cuarto donde trabajaba: amplio, con una preciosa luz. Muebles sencillos estilo español, sillones frailunos de cuero, velones de aceite, salvaderas y tinteros de barro de Talavera; un retrato del poeta y libros, muchos libros, forrados de pergamino; algunos cuadros renegridos: sus hijos vestidos de ange-





litos, el retrato de los Duques de Sesá y un *Infierno, Purgatorio y Gloria*. Un brasero de cobre. Este es su cuarto de trabajo, que Lope describe con estupendo sahero con sólo tres versos:

*Mas tengo un bien en tantos
[disfavores,
que no es posible que la encienda
[mire:
dos libros, tres pinturas, cuatro
[flores.
... ..*

En este cuarto, el infatigable trabajador que fue Lope concibió y escribió sus más hermosas obras: *La dama boba, El perro del hortelano, El acero de Madrid, El*

castigo sin venganza, El caballero de Olmedo, Peribáñez, Fuenteovejuna...

En aquella humilde habitación, la mente genial de este madrileño, de este español de pura cepa, creó un mundo nuevo, complejo y bellissimo. De su pluma fluyó a raudales la gracia y la tragedia; el amor intensísimo humano y la más pura esencia del amor divino. Su inspiración gigante le arrastraba a escribir sin tregua, creando en sus obras una acción tan viva que cautivaba a los madrileños, que atestaban los *Corrales* donde entonces se representaban. Cien veces su bondadosa esposa, doña Juana, le avisaba para la comida o para la cena; pero él seguía escribiendo con asombrosa facilidad bellísimos versos que sólo



interrumpía cuando le llamaba, con su graciosa media lengua, Carlos, su hijo más querido.

Casi no nos atrevemos a decir que un día llegó en que sobre el grande y feliz poeta se abatió la desgracia. Su querida esposa, doña Juana, falleció después de penosa y larga enfermedad; su hijo Carlos murió de unas fiebres malignas, justamente a la edad de siete años, cuando más difícil es renunciar a un hijo, cuando era la mayor alegría y el mayor consuelo de su vida. En el año 1622, Marcela, vivo retrato de su padre, llena de gracia, de juventud y de belleza, decidió profesar en el vecino convento de las Trinitarias, con el nombre de Marcela de San Félix. En el mismo nombre se ve la devoción que Marcela sentía por su padre.



Muchas más penas amargaron los últimos años de la vida del poeta.

Tantas, que arruinaron su salud. Lope murió de tristeza. Falleció el día 27 de agosto de 1635. A primera hora de la mañana del día 28 ya se había corrido por todo Madrid la noticia de su muerte. La calle de Francos y las calles adyacentes empezaron a llenarse de personas que querían acompañarle a su última morada: Cofradías con velas y estandartes, caballeros de las Ordenes militares, frailes, sacerdotes revesti-





dos con sobrepelliz, soldados, familiares del Santo Oficio, consejeros del reino, auditores, duques y marqueses, artistas, poetas, comerciantes, cómicos, pelaires, damas, dueñas..., a pie, en carroza y hasta en sillas de mano.

Amortajado con el hábito de San Juan, con el féretro destapado, la fúnebre comitiva recorrió lentamente las calles de Francos, del Niño, de Cantarranas... Al pasar delante del convento de las Trinitarias se hizo en la multitud un repentino silencio: Sor Marcela de San Félix, la hija querida de Lope, vesti-

da con hábitos blancos y pegada a las rejas, extendía entre sollozos los brazos hacia su padre.

Desde balcones y ventanas llovían flores sobre el féretro del gran dramaturgo que caminaba hacia su última morada. Fue enterrado en la iglesia de San Sebastián. El Duque de Sesa, de quien Lope era secretario, sufragó los gastos de su enterramiento a perpetuidad. Después de la Misa de Réquiem, Antonio Herrera, escultor del rey, vació la mascarilla del genio. Se le dio sepultura en el presbiterio de la iglesia: desde entonces nada se ha podido saber de los restos de uno de los hombres que más gloria han dado a España.—C. D.

EL PREMIO «CIUDAD DE BARCELONA», DE ENSAYOS, A DON GUILLERMO DIAZ-PLAJA

Con motivo de la conmemoración del XXIII aniversario de la liberación de la Ciudad Condal, han sido concedidos los «Premios Ciudad de Barcelona» correspondientes a este año. El de ensayos, de 50.000 pesetas, fue adjudicado a don Guillermo Díaz-Plaja, Catedrático del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Jaime Balmes», por su trabajo: «Viatge a l'Atlantida i retorn a Itaca».